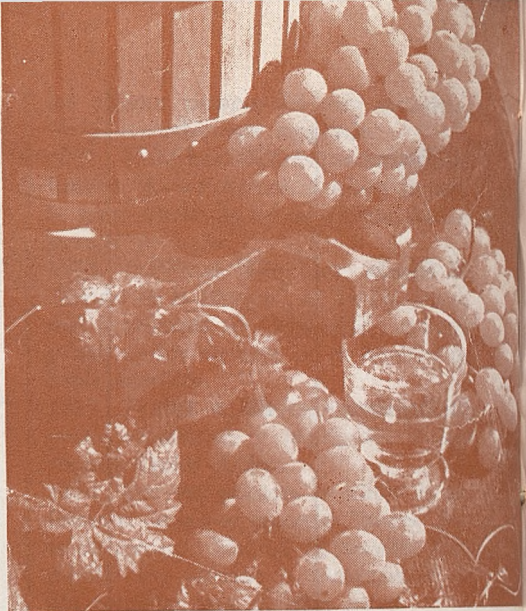


# EL NUEVO MOSTO



Como un hilillo de oro, el rubio y bien venido mosto, corre hasta caer en la cubeta, con un sonido leve y alegre de recién nacido.

Algarabía infantil, jolgorio general, tañer de campanas y vuelo de palomas multicolores.

Recuerdos ..., imágenes conservadas en el fondo oscuro y nebuloso del subconsciente, que posteriores aportaciones conseguidas en el continuo deambular por la existencia, no han logrado borrar. Escenas de la vida infantil que se nos quedan grabadas para siempre, merced a la intensidad con que las vivimos, y que como una película en colores —en la infancia todo se ve de color— nos acompaña haciéndonos gozar con las reminiscencias de estos sucesos perdidos ya en el pretérito.

Todo empezaba una, casi siempre, radiante mañana de septiembre. A los acordes de la Banda Municipal, acudíamos todos los niños del barrio, como al reclamo de un nuevo flautista de Hamelín.

Una abigarrada multitud ocupaba ya todos los estrados y escalinatas de la catedral. Nuestro sitio preferido eran las balaustradas de piedra que circundan el enorme edificio. Como pequeños ratones, insolentes y atrevidos, llegábamos siempre a ellas después de atravesar el inmenso gentío.

Venían, poco después, desde el Ayuntamiento, los personajes y autoridades del pueblo y comenzaba el festejo.

En un enorme y fuerte andamiaje estaba colocada una gran cesta, sobresaliendo por encima de las barandas y el público, pudiéndose contemplar el espectáculo a una considerable distancia. Abajo, en el suelo, un carro contenía la materia prima; hermosos y dorados gajos, dispuestos a ser triturados y pisoteados para dar vida a un nuevo ser.

Unos hombres pasaban la uva del carro a la cesta, otros tres o cuatro con pantalones cortos y calzados con unas pesadas botas, penetraban en ella.